

**Entrevista con Carlos Ocampo publicada en capítulo “Pilar Medina. Concierto para mujer sola con acompañamiento de percusiones”, *Cuerpos en vilo*, Conaculta, México, 2001, pp. 197-199**

Publicada originalmente en Escala, abril de 1993

[...] El empeño por decantar un código dancístico me ha llevado muchos años. Y muchos años también transcurrieron para que llegara a entender que uno dispone de varias opciones y resulta válido tomar elementos de la danza española clásica, de los movimientos flamencos –que son maravillosos– u optar por la flexibilidad que otorga el manejo de la técnica Graham. También aprendí lo importante que es gozar del entrenamiento del clásico, que me estaba transformando el cuerpo, ejercitándome la columna, haciéndome más bailarina, vamos. Al mismo tiempo me cerré: no quise saber nada de ninguna compañía o de ningún grupo. Por otra parte, me adentré en una experiencia muy intensa con un grupo de actrices. Juntas inventamos un taller de experimentación gestual. Ahí aprendí cómo el cuerpo –con toda su experiencia– podía contar historias, hilar narraciones lógicas o bailar en un acto creativo un tanto extraño, un tanto difícil de entender para alguien que permaneció siempre inscrita en los cánones del rigor académico, y más dentro de una expresión dancística con un fuerte acento étnico. Pero esa experiencia se convirtió en la punta de lanza: en aquel momento me percaté de que por ese camino encontraría la libertad suficiente para expresarme.

Yo tenía todo ahogado, todo trabado. Aunque bailaba y bailaba y bailaba, me atoraba más todavía vestirme de lunares y ponerme un chonguito con cantidad de claveles y palmear atrás. Respeto profundamente esta tradición, pero ésa no era yo, aquélla no era mi forma de expresarme. Tampoco sabía cuál sí era. Pero la tenía que buscar.

#### Zapatos propios

Entonces nació *Bodas del Quebranto*, un trabajo muy alarmante porque constituía un grito que surgía de lo más profundo de mí. Sin saber cómo, permití que emergiera todo lo que me afectaba, aun cuando pareciera muy primario. Vinieron funciones y más funciones. Los grupos de danza española se preguntaban: bueno, y esto qué cosa es, le falta el respecto a todo lo que hemos aprendido. Pero esa respuesta dejó de preocuparme a medida que me sentía mejor con cada función. Cada vez entraba más en mis zapatos.

Comprobé que había perdido el interés en bailar las danzas españolas. Ya no era una intérprete: era una creadora. A través de lo que hacía me resultaba viable expresarme sin importar el tipo de música, los elementos escenográficos o el vestuario que eligiera. Había descubierto una veta artística que me impediría morir. Todo mi pasado se transformó en mi equipo personal para entender y modificar mi entorno.

El círculo que comienza a mis ocho años, pasa por toda mi etapa académica y termina con *El águila dorada*, implica regresar otra vez a mi infancia para enfrentarme a esa parte primigenia de mi ser en la que cohabitan las preguntas sobre cómo bailaba y cómo bailo, cómo sudaba y cómo sudo; en fin, cómo me expreso, cómo busco símbolos y sustancias artísticas para eliminarlas enormes desventajas de estar vivo.